

Necesidad de la exactitud en las definiciones

Supóngase que entramos a la oficina de un boticario que dispone de cuantas preparaciones puedan ser necesitadas. Y supóngase que el único *pero* del arreglo de dicha oficina consista en que los RÓTULOS de los frascos y de las gavetas no hayan sido puestos o lo hayan sido al acaso, sin fijarse en el contenido del frasco o de la gaveta. ¿Podrá dar exactamente lo que se le pida? En vez del remedio o del alivio que espera el enfermo ¿sabrán el farmacéutico si va a dar un veneno? Su botica, con todas las riquezas que encierra, ¿no será para él de una perfecta inutilidad? Peor todavía, ¿no constituirá en sus manos un instrumento de muy graves peligros?

La respuesta está en todas las bocas.

Pues señores, ha habido y hay en el mundo filósofos, economistas, socialistas a la manera de mi boticario. Como olvidaba éste sus rótulos o los colocaba mal, aquéllos no definen absolutamente o definen mal sus expresiones. Ahora ¿cómo puede razonarse con justeza si se ha de emplear palabras cuya significación no es rigurosamente determinada? Al igual del farmacéutico que envenena a sus clientes, los filósofos envenenan a sus lectores, con la agravante de que el

envenenamiento de los lectores se propaga y daña a la sociedad entera.

Es necesario llamar la atención de todos sobre este envenenamiento social y hacerles ver, primero, que hay una gran analogía entre la cabeza de uno de aquellos filósofos y la botica mal rotulada; y, después, que para servirse útilmente de una expresión, debe ella tener un valor claro y no absurdo, un valor que le sea propio.

AGATHON DE POTTER

La logique, 2.^a edición, pág. 3, trad. E. J. R.

Si vuestra enseñanza no parte de la *realidad* y si no traducís los conocimientos en *palabras propias* y en *fórmulas matemáticas adecuadas*, es inútil o es nocivo todo lo que amontonáis en vuestros programas.

E. J. R.

NUEVA OFICINA

Los señores Robert Hermanos han trasladado su despacho a la oficina de H. Peyroutet & Co., situada en los bajos del Hotel Europa, en donde atenderán a su numerosa clientela.

Vida adentro

20 de Diciembre de 1913.

¡Gracias a Dios que al fin puedo volver a mi cuadero! ¡Casi un mes sin contarle nada! Pero no es posible: hay épocas en que pareciera que una mole gigantesca pesara sobre nosotros, sin permitirnos apenas llenar las necesidades más urgentes. Tal ha sido ésta que acabamos de pasar: la política es algo que pesa sobre todos, aun sobre aquellos que tienen la cordura de huir de ella; aun sobre las mujeres a quienes se creería exentas de sus molestias. Y no admito la socorrida tonada de que nadie nos mete en esos laberintos, porque si bien es cierto que algunas se salen de su centro, no debe juzgarse por ellas a la generalidad. Es que hay cosas que por su naturaleza afectan al más impávido, y la política abunda en hechos de esta clase. Si ella fuera un torneo decente, una lucha de ideales, donde las buenas plumas tuvieran ocasión de lucir sus habilidades, y las buenas cabezas su talento, sería un espectáculo muy agradable y hasta edificante; algo así como un campeonato, donde, el que vence, vence con gloria, y el perdidoso digiere filosóficamente su derrota, porque sabe que no le va en ello su honor, cuando más, ve deslucirse un poco su fama de político, mientras llega la ocasión de restituirla su

brillo; donde los espectadores siguen las peripecias de la lucha, con zozobra es cierto, porque cada uno tiene su protegido, pero sin sentir ese rencor sordo, ese despertar de pasiones provocado por las injusticias, las bajezas, las infamias de que está tramada la política. Pues bien, si, como creo, las mujeres tenemos la propiedad de sentir más hondamente que los hombres, es lógico que no hemos de permanecer impasibles ante hechos que afectan a los nuestros, ya que somos hechas de tal manera, que nos preocupa más la suerte de ellos que la propia: que se está alegre, cuando se les ve dichosos, y nos roban la calma, cuando sufren. Estamos tan acostumbradas a ver a los hombres desafiar soberbios la desgracia, que no podemos resistir el espectáculo de un hombre abatido. ¿Qué madre no daría gustosa cuánto tiene por libentar a su hijo de las torturas y el calabozo? ¿Qué hermana no se desalienta cuando su hermano la abraza al partir, obligado por las persecuciones? ¿No es a la esposa a quien afecta más directamente la suerte del marido? Si él falta ¿no es ella la que tiene que ingeniarse para atender convenientemente a los hijos? ¡Y todavía pretenden que las mujeres permanezcamos tranquilas, so pretexto de que no debemos invadir el campo de los hombres!!

Bien está que la educación se encargue de marcar el límite, pero el diapasón de nuestra sensibilidad, vibrará siempre de acuerdo con su calidad y con el choque recibido.

(Continuará).

Solicítese EOS y RENOVACIÓN donde nuestro agente Ramón Méndez, en Alajuela.

La recepción de un nuevo "Inmortal"

La ceremonia de la recepción de M. Alfredo Capus por M. Maurice Donnay, en la Academia Francesa, fué, por razón de las circunstancias, mucho más que un «acontecimiento parisiense»; un acontecimiento histórico. Con una numerosa concurrencia como en los grandes días de recepciones académicas y por todo lo más selecto que en ciencias y letras tiene actualmente Francia, se verificó la ceremonia, que se vió más lucida todavía con la presencia de varios oficiales del ejército que están todavía convalescientes de las heridas que han recibido en los campos de batalla. El Mariscal Joffre fué calurosa y largamente aclamado, y cuando M. Sharp, Embajador de los Estados Unidos, le tendió la mano en un gran gesto espontáneo, los aplausos estallaron en una verdadera tempestad con la fuerza de una elocuencia muy precisa y significativa. Entre los académicos presentes a la ceremonia se contaba M. Raymond Poincaré, Presidente de la República, quien ocupaba su sitio entre sus colegas, sin ningún protocolo y con la digna simplicidad de un inmortal que venía expresamente para escuchar el elogio del gran geómetra y filósofo, Henri Poincaré, su primo hermano.

M. Alfredo Capus pronunció dicho elogio sin dificultades y sin vana solemnidad. El tema era tan vasto

y tan elevado que parecía inaccesible. Un genio como el de Henri Poincaré sobrepasa la admiración y escapa al análisis. M. Capus no quiso exponer en detalle las altas concepciones y los descubrimientos matemáticos de su ilustre predecesor. Para los profanos su discurso fué el de un guía para conocer algo de lo mucho que abarcó el espíritu filosófico de Henri Poincaré; discurso que no abundó en grandes frases ni en períodos de elogio adulatorio, sino que está lleno de rasgos encantadores y de esa sonrisa que tiene una fineza que no es propia sino de él. No quiso separar la guerra de la ciencia, supuesto que, desde que comenzó esta guerra que lleva tres años de lucha terrible, la ciencia ha sido acusada por «su infernal poder» de destrucción y aniquilamiento.

«¡Qué injusticia!—exclamó el orador. ¡No, no. Esta guerra atroz no es hija de la ciencia! ¡La guerra le ha robado sus secretos y se ha amparado con su nombre para cometer toda clase de crímenes! ¡Ah, el ilustre sabio de quien me ocupo en estos momentos hubiera protestado enérgicamente por tales blasfemias! ¡Con qué acento tan doloroso se hubiera expresado para condenar a los que huellan los más bellos títulos de nobleza del género humano!»

Este bello discurso, a la vez ligero y sustancial, de M. Alfredo Capus, fué no solamente gustado y aplaudido por su cultísimo auditorio, sino muy sinceramente admirado por todos los que tuvieron la fortuna de escucharlo.

M. Maurice Donnay no estuvo menos feliz en la contestación que dió al discurso del recepcionario. Después de hacer en pocas palabras el elogio obligado de

Henri Poincaré, M. Maurice Donnay habló de «la hipótesis», y encontró la más encantadora transición para suponer durante algunos instantes que M. Alfredo Capus no conocía nada de su vida, ni de sus estudios, ni de sus trabajos, y él esbozó la historia de su colega, de su amigo. Recordó ampliamente la juventud de Alfredo Capus y sus primeros éxitos en la novela y en el teatro. Supo definir con los matices más justos y las precisiones más delicadas, la naturaleza particular de su espíritu, los caracteres de su talento, los méritos originales de su observación, de su filosofía y de su famoso optimismo. Y explicó la filosofía de Alfredo Capus que no aconseja esperar a la casualidad, con los brazos cruzados, sino seguir el proverbio: «Ayúdate, que Dios te ayudará».

M. Maurice Donnay terminó su discurso recordando una declaración de Henri Poincaré hecha pocos días antes de morir y que es de una gran ternura y de un gran sentimiento patriótico. Evocando la guerra, escribía el gran sabio:

«La ciencia nos enseña que hay velocidades tan grandes que, para esas velocidades, las leyes habituales de la mecánica terrestre y aun de la celestedejan de ser aplicables. La guerra actual nos arrastra con un movimiento tal que las leyes habituales de la moral parecen abolidas y que no subsiste nada fuera del amor a la Patria. Esperemos firmemente que vendrá un día en que podrán ser restablecidas dichas leyes sobre bases firmes y perdurables, para que sigan siendo las grandes leyes del amor y de la fraternidad. Entonces la Francia luminosa hará escuchar su voz...»

En medio de este derroche de elocuencia de parte de ambos oradores, M. Alfredo Capus haciendo admirar la fineza de su buen sentido y Maurice Donnay la fineza de su sensibilidad, fué admitido en la Academia Francesa uno de los talentos más esclarecidos de la intelectualidad francesa contemporánea.

(De *L'Illustration*)

Más amenidades higiénicas

En el número 103 de *España* fuimos gratamente sorprendidos por *Juan Empollón*, quien nos mostró unos trozos escogidos de la pintoresca y regocijante obra titulada *Resumen de las lecciones de Higiene Privada dadas en la Universidad de Valladolid*. Obra de que es autor el doctor D. Víctor Santos y Fernández.

Hoy nos vamos a ocupar del *Resumen de las lecciones de Higiene Pública*, obra ya en parte conocida de nuestros lectores, y que no es menos regocijante y pintoresca.

Ya *Juan Empollón* nos ha mostrado las excelentes condiciones que D. Víctor reúne para ser escritor de novelas picarescas, pero no se preocupó de mostrarnos la personalidad lírica de D. Víctor, y es indudable que el Dr. Santos cuenta con una fecunda fábrica de metáforas. Vea si no el lector el siguiente párrafo, historia del alumbrado: «A las grasas sucedieron los aceites más o menos impuros y las mechas más o menos toscas; siguieron a éstas las velas de cera,



sebo y olorosa; después el petróleo; consumándose después la gran revolución del alumbrando por gas, que se emancipó de la mecha tiránica, y después la niña precoz que transforma, con el brillo de sus ojos, en diamante, nuestro siglo, llamado de las luces (me refiero a la luz eléctrica) que se ha extendido a casi todas las poblaciones» (pág. 57).

Los hospitales los estudia bajo tres aspectos: como medio moral, como medio respiratorio y como medio patológico. Estudiándolos bajo el primer aspecto dice: «Como medio moral, el hospital convierte el nombre del enfermo en número, que será el de la cama que ocupa; su enfermedad en un caso clínico; su operación en un tratamiento quirúrgico, su cadáver en un estudio anatómico-patológico» (pág. 82).

En la pág. 83 pregunta: «¿Son los hospitales un mal necesario o conviene suprimirlos?», y contesta: «Existen razones que apoyan la opinión contraria a la supresión; ¿qué haríamos de los enfermos si desapareciesen éstos? (¿quiénes son éstos? ¿los enfermos? ¿los hospitales? ¡Admirable sintaxis victoriana!) ¿cómo practicar en una casa pobre de luz y ventilación una de esas grandes operaciones quirúrgicas? ¿cómo dar la enseñanza práctica de las ciencias médicas? Muy sencillo; haciendo, como luego diremos, de cada casa un hospital».

Indudablemente, D. Víctor tiene muy bien ganada una silla en la Academia de la Lengua, ya que de vez en cuando se dedica a inventar palabras. Así en la pág. 103 nos habla de su sistema ¡BELGICANO!

Si alguien ignora qué cosas son los establecimientos penales, saldrá de dudas con la siguiente defini-

ción: «Los establecimientos penales son edificios destinados a albergar personas cuya salud no deja nada que desear; pero que todas tienen grandes analogías, obligando a hacer de ellas un grupo aparte» (pág. 201).

El problema del juego se resolvería en gran parte si se adoptaran las medidas aconsejadas en el siguiente párrafo: «Algunos aconsejan que en cada casa de juego hubiera a la entrada una muestra, supuesto que la prohibición es y ha sido siempre un aliciente para la humanidad; muchos jóvenes entran en estas casas no tanto por el juego mismo como por las circunstancias novelescas y los peligros que corren de ser sorprendidos por la autoridad». (pág. 230).

En boca de Rommel pone el siguiente disparate: «la detención es un suicidio lento» (pág. 202).

Parece que D. Víctor tiene una preocupación morbosa, la de definir la civilización. Juan Empollón mostró a los lectores de *España* la definición que da en *Higiene Privada*; yo voy a mostrarles la que da en *Higiene Pública*: «sin que se tenga una definición exacta, pudiéramos entender por civilización «aquel medio moral de ideas, deseos, necesidades y de intereses generales en los que nacemos y vivimos y aquella atmósfera que respira nuestra alma y nos sostiene, reconstituyendo insensiblemente la vida inmaterial» (pág. 234).

Es muy posible que las generaciones futuras vean incluido en el santoral al Dr. Santos; la defensa que este señor hace de la religión católica le ha hecho en verdad acreedor a una futura canonización. Vean los lectores las siguientes pruebas de nuestro aserto: «Individuos hay, que por virtud de la religión que profesan pa-

decen extravíos mentales, y el excepticismo del espíritu que ocasiona el malestar individual, ahoga la beneficencia y caridad públicas (protestantes)» (pág. 552). Sinceramente compadecemos a los ingleses y a los alemanes, ya que deben estar desprovistos de establecimientos benéficos.

Pensábamos ocuparnos únicamente del *Resumen de la Higiene Pública*, pero no podemos resistir a la tentación de presentar a los lectores ciertos gazapillos que hemos encontrado en las *Las Lecciones de Higiene Privada*.

Si queremos saber por qué es antihigiénica la refrigeración, D. Víctor con claridad meridiana nos lo explica: «La necesidad de refrigeración es grande (en el verano) y como tiene que reponer las grandes pérdidas de agua que por el sudor se experimenta, es funesta la costumbre antihigiénica de refrescar con bebidas frías o heladas; lo cual produce congestiones o inflamaciones del aparato respiratorio y gástrico» (pág. 25).

Hablando de los climas dice: «Los climas se han dividido en cálidos, templados y fríos. Esta división no es exacta, pues el clima depende no sólo de la latitud, sino que hay una porción de circunstancias que lo modifican; tal sucede en nuestra nación, que la par-

Las leyes y la administración no pueden ser consideradas sino como REMEDIOS que nuestras enfermedades hacen necesarios, y de los cuales hay que saber ABSTENERSE LO MÁS POSIBLE. La sociedad subsistiría sin ellos.

J. B. SAY

te del Norte es, por lo general, más templada que la parte central, no obstante estar la primera más lejos del Ecuador» (pág. 28). Y nosotros seguimos sin saber por qué no es exacta la división de los climas.

¿No habría, señor ministro de Instrucción Pública, algún medio para evitar que este señor continúe dando clase? ¿No tendremos la suerte de que tenga S. S. algún amigo que desee ser catedrático de Higiene en Valladolid?

LUIS ORFILA

Dos notas de un maestro de escuela

Sobre la rehabilitación de un sistema

Hay que considerar ya como un lugar común, el que el estudio de las lenguas extrañas es para el humanista adquisición de medios de cultura; que para el tratante de conservas, ya es otro.

En esta forma el dicho, no queda sino el estudiarlas. Pero ¿cómo? Allí está la cuestión. Trataremos de demostrar que la forma actual de su aprendizaje no nos satisface; y tal decimos, porque a nosotros no nos dió al salir del colegio, el poquillo que poseíamos de aquellas, sino formas nuevas de pedantear: ya podíamos decir algún verso de Keats o Poe, de Verlaine o Ronsard, en la lengua recién comenzada y nunca conclusa.

Nuestras Escuelas de Segunda Enseñanza inician a sus neófitos en el estudio, casi simultáneo, de las dos lenguas que hasta hoy se han considerado de importancia clara. La guerra, que puede aportarnos hasta en educación su movimientito, puede darnos la sorpresa (no será para todos) de que el alemán es muy principal, y de los más, y obligarnos, siquiera por esnobismo, a ponerlo en amistad, en las humanidades, con francés e inglés. En esta forma,

obligados a estudiarlos y a poseerlos, ya que hemos de acudir a vecinos que nos enseñen las cuatro o cinco verdades que quedan por el mundo desde Salomón, bien vale estudiar en qué modo han de saberse. Declaramos denantes el remedo cíclico,—que al entrar en educación, desalojando otros, arrolló con todo—de esa forma paralela de efectuar tales estudios. Y decimos que tales disciplinas no se adquieren sino unas en sucesión de las otras. No es de uno, sino de varios, de quienes sabemos que, fuera de los colegios (en ellos tal vez no hubieran corporizado estas heterodoxias, ni a mí se me hubiera ocurrido plantear la duda) han llegado a poseer tres y más lenguas en que entrenar sus ratos. Y confiesan, como para que los imitemos, que después de dominada una de ellas, sentíanse poseedores de ciertas formas y caminos allá hechos en los honores no sólo memorísticos sino también imaginativos, que les facilitaban los subsiguientes aprendizajes.

Formulada la duda y contestada así por nosotros, y quizá con personas que aceptan la herejía, vendría de ellos para nos, la pregunta, y ¿cuál primero? Nuestro pensar sería que no la más fácil (aunque también con esto seamos heresiarcas), ni la más difícil—tornándonos arvesados—, sino la más precisa: aquella que nos urge por cuestiones a que dedicamos nuestros afanes.

S. A.

Heredia, Noviembre de 1917.

Los incendios laxantes recomendables

Cosa extraña. Resultamos apologistas, no ya del fuego, lo que sería menos censurable, sino de los incendios mismos. Pero préstanle oportunidad a ésto los incendios efectuados en esa capital últimamente. (Usted sin duda querrá poner el ocasional *ocurridos* a cambio del malintencionado verbo *efectuar*. Dios me libre de creer que sean intencionales las fogatas esas, pero hay incendios tan correctos, que hasta parecen bailes o banquetes con programa y demás).

350

Decíamos al principio que trataríamos, como en medicina social, los incendios como laxantes, descongestionadores del estreñimiento que a veces sufren los estómagos colectivos. Las subsistencias a precios altos, y la falta de «qué hacer» para las clases trabajadoras, vendrán a laxar con la oferta en el mercado, de las letras, valor de los seguros, y con el comienzo de las nuevas construcciones.

Y otra, interesante para los que estimamos como cosa principalísima el renovamiento de mucho; la estética, en este caso el ornato de la ciudad, gana con ellos. Todas esas mercaderías, «huesos», en jerga comercial, han tenido debido fin. Y las casas viejas trocaránse en modernas, aseadas y cómodas tiendas. ¿Qué eran sino casuchones feos, las elegantes construcciones de Knohr, Espriella, Banco Anglo y otras?

En todo caso, si no sale de esas cenizas el Fénix, ave rara, han de salir de ellas, las papas de muchos.

S. A.

Heredia, Enero de 1918.

NOTA: Ponemos malintencionado como se dice malhumorado, maldiciente, malsano, etc.

Respuestas diversas:

1 Siento mucho no poder sostener ninguna clase de correspondencia, ni literaria ni científica.

2 Todavía no he leído el libro del señor Brénes Mesén. No conozco más que el título. Todo el vecindario de mi botica sabe en qué se me va el tiempo. De noche, duermo. Quedamos en que no soy *intelectual* . . . pero soy *intelectualista*, como la mayor parte de mis clientes.

3 Ni lo dude, señor. Entre el despotismo teocrático y el militar, prefiero este último; entre el militar y el capitalista, prefiero el capitalista. Del mal, el menos.

4 Yo no detesto a Wilson. Al contrario. Pero va contra mi individualismo el aceptar la intervención de una nación «grande» en los asuntos de una «pequeña», aun cuan-

351

do fuere «en favor de ésta» (lo cual, entre paréntesis, sería muy difícil de averiguar). Así como quiero para mi persona la mayor libertad posible, así quiero también para mi nación la mayor libertad posible.

Está Ud. en un error al pensar que el máximo de libertad la encuentra el individuo en el *aislamiento en una montaña*. En SOCIEDAD es donde el hombre puede ser más libre; y una sociedad se encuentra tanto mejor organizada cuanto mayor es la esfera de libertad de que goza cada individuo. Y lo que digo de la sociedad de los individuos se aplica a la sociedad de las naciones.

5 Si usted desea que su carta sea publicada, es necesario que me lo diga terminantemente.

6 Personalmente, he suprimido la lectura de todos los diarios matinales. Entre las peores cosas, *un susto en ayunas*. Los diarios hacen menos daño a eso de las seis de la tarde. Por otra parte, un diario que circula en la mañana, lleva, por regla general, 10 horas de atraso en cuanto a *actualidad*. Poco ocurre durante la noche, y de lo que ocurre poco debiera ser contado en público.

7 Ni por un momento me ha pasado por la cabeza aquello de que la ignorancia es la madre de la ciencia. La pregunta con que comienza la pág. 252, del n.º. 56, la hice precisamente para mostrar el contrasentido del razonamiento que me hacía en secreto otro «Observer», para probarme que la metafísica es la madre de todas las ciencias.--E. J. R.

La condición primordial de la ciencia es la observación de los hechos. Ello no significa que debamos desechas todas las hipótesis. Significa simplemente que no debemos hacerlas demasiado generales. Sabiéndonos limitar, dominando juiciosamente nuestra imaginación, podemos construir con seguridad, sin que jamás ningún nuevo descubrimiento provoque el derribo completo del edificio. ¡Todo esto lo decía Aristóteles en el siglo III antes de J. C.!

IMP. Y LIBRERÍA FALCÓ & BORRASÉ, SAN JOSÉ C. R.

DIRECCIÓN: 7.ª AVENIDA, ESTE, N.º 42, SAN JOSÉ

VIDA INTELECTUAL

Libreros - FALCÓ & BORRASÉ - Editores

PROSPECTO

DE LAS

Obras de la Biblioteca de Alquiler

Los Editores Falcó & Borrásé se proponen fundar una *Biblioteca Circulante*, y al efecto procurarán tener una buena selección de obras clásicas y modernas.

Publicarán un Boletín anexo a Eos para dar cuenta de los libros que se podrán solicitar.

No faltarán, en la Biblioteca, las mejores obras de Ciencia, Arte, Pedagogía, Literatura, Historia, etc.

No dudamos que el público sabrá apreciar las múltiples ventajas ofrecidas al suscriptor a esta Biblioteca: la primera, por su importancia, es la posibilidad de lograr sólida y completa instrucción por una cuota módica, merced a la facilidad de adquirir para estudio o lectura, aun las obras más valiosas, lo cual en concepto de compra hubiera sido muy difícil para muchos. Además, la suscripción no sacrifica el tiempo de labor, ya que llevando las obras al hogar pueden perfectamente ilustrarse a cualquier hora del día o de la noche, alternando armónicamente los duros trabajos con las recreaciones de la placida lectura.

En nuestra Biblioteca no faltarán las obras nuevas y más valiosas para su consulta a los hombres de Estado, Médicos, Ingenieros, Industriales, Comerciantes, Artesanos, Maestros, etc. En una palabra, todos los individuos de las clases sociales encontrarán en ella sana y proficua lectura.

Tendremos a la disposición de los suscritores abundante y selecto repertorio de revistas, que permitirán estar al corriente de todos los acontecimientos mundiales.

CONDICIONES DE ABONO

- 1.^a Los suscritores deberán cuidar del aseo y limpieza de las obras.
- 2.^a No se entregará ningún libro sin antes hacer el depósito del mismo, el cual se devolverá al hacer el cliente la devolución de la obra.
- 3.^a La cuota para los suscritores es de **un colón mensual**, teniendo derecho el abonado a leer las obras que solicite durante el mes, sin hacer otro reembolso.
- 4.^a No se facilitará ningún libro sin haber devuelto primeramente el anterior alquilado, ni podrá ser retenido más de quince días.
- 5.^a No se recibirá ningún libro que contenga anotaciones al margen, o que haya sido deteriorado. El suscriptor, al recibir el libro, firmará un Boletín en el que hará constar que lo ha recibido a su entera satisfacción.
- 6.^a Las suscripciones cuentan a partir del primero de cada mes. Consulte nuestro Catálogo.
- 7.^a Se alquilarán obras a los que no sean suscritores, los cuales pagarán el 5 % del valor del libro, siendo indispensable dejar depositado en garantía el valor de la obra. Para esta devolución hay 15 días de plazo, vencido éste, se pagará **cinco céntimos** por cada día de demora.
- 8.^a Todas las obras estarán empastadas. En el Catálogo General de la Casa constará el precio de las mismas.



COMPRAMOS

toda clase de libros de buenos autores, y que no estén deteriorados.



EOS

DIRECTOR RESPONSABLE:

Elías Jiménez Rojas

San José, C. R.

Tomo V = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 60

CUADERNOS DE 32 PÁGINAS DE VARIADA LECTURA
 : : : FUNDADA EL 1.º DE FEBRERO DE 1916 : : :

Director responsable: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Apartado 230.
 Proprietarios: FALCÓ Y BORRASÉ : Impresores-Editores.
 ADMINISTRACIÓN: 7.ª Avenida, Este, N.º 42 : Apartado 638.
 SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:

Por series de 4 cuadernos..... ₡ 0.50
 Número atrasado..... 0.20
 Tomos empastados I, II, III y IV, cada uno. 3.00
 EXTERIOR: 52 cuadernos, pago adelantado. \$ 3.00

NOTAS: LOS colaboradores que nos honren con sus producciones deberán dirigirse al señor Director.

Los canjes y todo lo relacionado con la Administración de EOS, a los señores Falcó y Borrásé.

AGENTES DE «EOS»

<i>San José</i>	José Marín
<i>Heredia</i>	Rafael J. Elizondo
<i>Cartago</i>	David Elizondo
<i>Alajuela</i>	Ramón Méndez
<i>Limón</i>	Agapito Solano
<i>Puntarenas</i>	Alfredo Moya
<i>San Ramón</i>	Nautilio Acosta
<i>Naranjo</i>	Demetrio Cordero
<i>Puriscal</i>	Carlos Charpentier
<i>Coronado</i>	Juan Méndez Chaves
<i>Juan Viñas</i>	Jaime Marín P.
<i>Barba</i>	Ismael Conejo C.
<i>Atenas</i>	Augusto Jenkins
<i>San Antonio, Desamparados.</i>	José M. Arguedas
<i>Grecia</i>	Juan Vte. Gutiérrez



Tenemos a la disposición de los lectores **TODOS** los números de EOS, desde el primer cuaderno.

DIRECTOR RESPONSABLE:

E. Jiménez Rojas

APARTADO 230

Proprietarios: FALCÓ Y BORRASÉ

Administración: 7.ª Av., Este, 42 - San José

LEYENDO

“LA REVISTA DE EDUCACIÓN”

Órgano del Consejo de Educación de Córdoba, R. A.

EDUCACIÓN DEL ESPÍRITU

Entre las diversas facetas nuevas que presentan los modernos sistemas de enseñanza, es una de las más interesantes la que se refiere a la disciplina mental. Consiste esta disciplina en educar el espíritu orientándolo hacia la investigación y hacia el análisis. Tiene capital trascendencia, porque educar el espíritu es enseñar a pensar; es enseñar a descomponer lo que nos viene de fuera para asimilarlo por partes; es desenvolver capacidades; es sacudir y encauzar aficiones; es despertar energías; es, en síntesis, abrir la inteligencia, haciéndola consciente y libre.

Son raros entre nosotros los ejemplares de estos espíritus educados, que investigan, que estudian, que asimilan y crean. No hay hábitos de estudio ni de me-

ditación. La pereza mental paraliza las fuerzas cerebrales y hace estériles los conocimientos adquiridos. En vez de pensar, se repite; en vez de construir, se copia. Por esto los hombres tan a menudo se estacionan o cambian de norte como veletas al soplar de un nuevo viento. Jamás surge en ellos una iniciativa; jamás son movidos por un anhelo interior. Las ideas no se infiltran en los cerebros, no se traducen en sustancia propia; apenas se miran en ellos, y desaparecen luego, sin dejar un rastro, sin dejar un recuerdo. O si acaso algunas logran grabarse en la memoria, quedan allí, no como cosa propia, sino como bloques incrustados a manera de mosaico. Aquellos hombres seguirán siendo esclavos, creyéndose libres. No pensaron de por sí: les encargaron a otros la misión de hacerlo. Se dejaron alucinar por el esplendor de una frase o por el de una personalidad, doblaron la cabeza, y siguieron mansamente como siguen los rebaños, tras de una sombra, sin conocer su oculta realidad, ni saber hacia dónde los llevaba....

Este estado de cosas, esta falta de hombres que estudien y que piensen, llama a una urgente reforma. Y hemos de realizarla, o habremos de someternos a no ver sino de lejos la civilización.

La reforma de que hablamos es una reforma cultural, que ha de comenzar forzosamente por la escuela de primeras letras. Allí la materia prima es dúctil. Allí es donde la curiosidad—alma de los aprendizajes espontáneos,—viva y virgen todavía, toma su primer alimento, y gustando de él, se orienta hacia las cosas útiles y bellas, para decidir de una vocación o de un sano entusiasmo. Allí es donde la inteligencia

puede y debe abrirse libremente como se abre una flor.

Han comprendido esto grandes cerebros contemporáneos, y se han puesto a estudiar al niño científicamente para conocerlo mejor, para mejor poder desarrollar su inteligencia.

Los niños fueron objeto de preocupaciones educativas desde tiempos antiguos. Existe un libro primoroso, traducido del griego y atribuido a Plutarco, cuyo único fin es servir de guía a los mentores de la infancia. Pero estudios de esta índole no fueron, no podían ser, basados sobre nada científico. Los antiguos no conocían nada de la actividad psíquica del niño; ignoraban las leyes de la memoria y de la atención; la naturaleza de la fatiga mental; apenas si estaban enterados de que las facultades se desenvuelven y se vigorizan por medio de la gimnasia del espíritu... Estos estudios sólo vinieron a comenzarse a mediados del siglo XIX. Al decir esto, pasamos por alto las pocas investigaciones hechas a fines del siglo XVIII, que fueron escasamente conocidas, y tomamos como punto de partida el libro de Preyer, *Die Seele des Kindes*, escrito en 1881 y citado por todos los autores como la piedra fundamental de esta nueva ciencia. Este libro sobre *El alma del niño*, (Preyer hizo sus observaciones sobre su propio hijo, anotando día por día su evolución mental y física), abre en realidad un nuevo mundo a los psicólogos. Por todos los países empieza entonces la fiebre de investigación. Es preciso hacer notar que antes de escrita esta obra, Darwin había publicado en 1877, como apéndice a su *Expresión de las emociones*, el diario que

había hecho de su hijo, en el mismo estilo del de Preyer, y que Bernard Pérez, en 1878, ya había dado igualmente a luz pública su obra magistral sobre *Los tres primeros años del niño*. Tampoco debemos olvidar que en este mismo año el psicólogo Wundt, compatriota de Preyer, fundaba en Leipzig el *Laboratorio de Psicología Experimental*, que venía a prestar desde sus comienzos un concurso tan precioso a estos estudios infantiles. Con todo, el libro de Preyer obtiene el éxito de los trabajos absolutamente originales y focaliza de todo la atención de los más célebres educadores.

El despertar de este entusiasmo científico en un campo hasta entonces abandonado a solas elucubraciones sentimentales, se hace en poco tiempo universal. Son grandes cerebros los que le dan impulso.

En Francia, Ribot, Durkheim, Lavissee, van a la cabeza del movimiento. Algunos especializan. Binet, el sabio, el lamentado maestro, cuya muerte, acaecida en 1911, llenó de pesar a toda la Europa estudiosa, se dedica con toda su ciencia al estudio de los niños: funda un laboratorio de investigaciones psíquicas, da conferencias, escribe en periódicos y revistas, publica su libro profundo: *Les idées modernes sur les enfants*.

Stanley Hall, el célebre educador americano, inicia con entusiasmo en Estados Unidos la nueva labor. Funda la *National Association for the Study of Children*, en donde se hace toda clase de encuestas y de estudios sobre el desarrollo mental de los niños; se pone al frente del *Pedagogical Seminary*,

que es quizá la publicación pedagógica más importante de cuantas se editan en Norte América; crea el *Children Institute* en la Universidad de Clark. Notables compatriotas suyos participan de este mismo entusiasmo: Baldwin, Dewey, Moore; los mismos Münsterberg y el lamentado William James, que por un momento criticaron el exceso de detalles en las investigaciones de Hall, hacen importantísimos estudios educacionales, basados en la nueva psicología experimental.

Claparède y Bovet, en Suiza, quienes fundan luego en Ginebra el *Instituto de Ciencias de la Educación*; Sluys, Schuyten, Decroly, en Bélgica; Credaro, de Sanctis, Ferrari, la señora de Montessori, en Italia; Sully, en Inglaterra; Karl Cross, en Alemania; Giner de los Ríos, Altamira, Cossio, las cabezas dirigentes de la nueva generación española; Mercante, en la Argentina.... ¡Cuántos otros y en cuántas otras naciones se dedican tenazmente a estos nuevos estudios que van a dar por tierra con el andamiaje formidable consolidado por la rutina! El movimiento pasa a Suecia, la patria de Ellen Key, a Austria, a Rusia y aun a China y el Japón¹.

Es esta una hermosísima eclosión que maravilla. Por todas partes aparecen periódicos y revistas dedicados exclusivamente al estudio de los niños. Florece toda una literatura que trata de ellos o que es para ellos. Los sabios se anían para comprender-

¹ Estos datos tienen carácter puramente informativo. Quien esto escribe tuvo ocasión de conocer y de tratar a algunos de los grandes maestros citados—personas todas ellas muy sencillas en la vida diaria y de muy fácil acceso—y recomienda con entusiasmo la lectura de las obras que han escrito, porque son obras de sabios que templan el espíritu y lo orientan hacia fines nobles, útiles para los individuos y para la patria.

los y escriben cosas profundas que parecen sencillas. Las naciones se reúnen en Congresos: a ellos van los grandes educadores, los psicólogos, los simples maestros de escuela, los puramente aficionados a las cuestiones de enseñanza. No hay trabas para penetrar en aquellos recintos donde se han reunido todas las inteligencias que se sintieron impulsadas por un mismo sentimiento. Allí todos se relacionan, no hay grandes ni pequeños; todos cambian ideas.

Numerosas han sido estas reuniones internacionales: Congreso de Psicología Pedagógica, San Petersburgo, 1904; Congreso de Higiene Escolar, Nuremberg, 1904; Londres, 1907; Congreso de Educación Social, Boston, 1905; Congreso de Educación Familiar, Lieja, 1905; Milán, 1906; Congreso de Educación Moral, Londres 1908; La Haya, 1912, Congreso de Paidología (de paidos, niño, y logos, tratado o ciencia).

De las labores de estos Congresos sacamos en claro que no podremos comprender jamás al niño mientras no lo estudiemos, ni juzgarlo y dirigirlo mientras no lo comprendamos, y que mientras no reformemos la escuela primaria, que es donde despierta la vida mental, no habremos hecho obra de verdadera trascendencia: a las puertas de los colegios superiores seguirán llegando los espíritus viciados por la enseñanza anterior. La disciplina intelectual no se improvisa: es obra de años que importá comenzar temprano, si se la quiere cimentar sólidamente. La enseñanza intuitiva, implantada hoy en algunas escuelas nuevas de Europa y Estados Unidos, da toda la importancia debida

a este problema capital. No hacemos general el concepto a todas las escuelas, porque la práctica del nuevo espíritu apenas es cosa realizada en muy contados casos. Y este es motivo para no descorazonarnos: aún podemos hacer lo que hacen los mejores y dejar camino atrás a los que ha paralizado la ignorancia o la pereza. Entendidos, pues, que aun en la misma Europa, en donde imaginamos que todo ha de ser perfecto, esta reforma está apenas iniciada, estudiemos los problemas que entraña, y sin detenernos a criticar los desperfectos, consideremos todo lo que fácilmente podríamos adaptar.

Basta una ligera consideración para comprender lo que entraña esta reforma.

La enseñanza nueva presenta las cosas antes que las imágenes, antes que las palabras mismas, y las imágenes y las palabras antes que el libro. Esto significa que inconscientemente penetra la lógica en el niño; que él busca, que discurre, que encuentra por sí solo. Emilio Durkheim, el maestro de la claridad cartesiana, llega hasta proponer que de vez en cuando se le dé una idea confusa o complicada para que la analice y desentrañe los elementos que la componen. Viene a ser éste el método socrático en acción, practicado ya con conocimiento de causa.

Esta escuela modelo de hoy, es la escuela del movimiento, la escuela de la vida, la escuela que verdaderamente se preocupa por los educandos. Se hacen a un lado los libros de texto—los cuadernos de apuntes llevados por los niños los reemplazan con grandísima ventaja;—se abandonan las palabras orde-

nadas y frías¹, el maestro habla en lenguaje sencillo y cada niño habla su lenguaje natural; en vez de aprender definiciones y listas abrumadoras, se va tras de las cosas mismas. Si se sale de la escuela es para aprovechar mejor el tiempo. Se marcha el maestro al campo con su caravana de discípulos: allí enseña, más bien parece que con ellos estudia Geografía, siguiendo el curso de un riachuelo, o Historia Natural en presencia de los insectos y las plantas. Va con ellos a una fábrica y allí los niños se dan cuenta del trabajo—lección de Moral—y advierten el progreso de las industrias—lección de Física o de Química aplicada.—Sale con ellos de paseo por la ciudad, y ante un edificio nacional, ante la estatua de un héroe, les da una sentida y eficaz lección de Historia Patria.

En cada una de las diferentes materias de instrucción elemental está encarnado este nuevo espíritu de la enseñanza, y en cada una de ellas se desarrolla armónicamente un programa acorde en todos sus detalles con la idea primordial. Instruir educan-

¹ Está bien que se hagan a un lado los libros de texto EN LAS ESCUELAS. Estos libros deben servir únicamente a los maestros, a los padres de familia y a todos los que estudian solos—niños o viejos—o bajo la remota influencia de un simple mentor. Esta última clase es mucho más importante de lo que se cree corrientemente. Hace 11 años que salí de la enseñanza escolar propiamente dicha; pero no he cesado de hacer el papel del mentor que aclara una frase de un libro o explica el sentido de una palabra. Son muchos los jóvenes, empleados en talleres o en casas de comercio, que necesitan que se les ayude de tiempo en tiempo en el estudio por ellos emprendido valientemente, a solas y sin pensar en exámenes.

Lo que está muy mal, a mi juicio, en las escuelas propiamente dichas, es que los libros de texto sean reemplazados por los cuadernos de apuntes llevados por los niños. Estos cuadernos ofrecen todos los inconvenientes de los libros, más una multitud de otros peores. LAS PALABRAS ORDENADAS Y FRÍAS son justamente las únicas palabras que deben ser retenidas.—E. J. R.

do: esta es la fórmula. Se pasará siempre de lo simple a lo complejo, de lo concreto a lo abstracto, de lo conocido a lo desconocido. Nunca se dará el nombre de una cosa sin dar con él la inteligencia de la cosa.

La antítesis es completa entre este sistema y el antiguo, que es el que actualmente prepara a los jóvenes que van a los colegios superiores.

El nuevo sistema sacude la inteligencia, la despierta, la lleva a la acción, pone en movimiento todas sus facultades; no pretende hacer niños sabios, sino niños capaces, comprensivos. El niño podrá olvidar lo que ha aprendido,—lo olvidará menos que cuando sólo lo memorizó sin comprenderlo—, pero en él quedará la disciplina mental, la capacidad desarrollada, la facultad de encontrar lo que olvidó. Con este sistema va alegremente el niño a la escuela: lleva la alegría de saciar esa sed de curiosidad innata en él, que luego se traduce en hábitos de estudio, en amor a las cosas y a los libros. En cada nueva enseñanza hubo algo germinativo, y quedó el terreno preparado para una feliz gestación. Cada nuevo conocimiento echó seguras raíces en su cerebro, y uno y otro conocimiento se asociaron, se soldaron, dándole a toda su contextura una unidad.

El sistema antiguo, el de uso corriente entre nosotros, toma el cerebro del niño como materia pa-

LETRAS, revista mensual: Director, Vicente Medina. Dirección, Presidente Roca, 1249, Rosario de Santa Fe (Rep. Argentina). Recomendable publicación por su selecto material. 32 páginas, 20 céntimos. De venta en la Librería Falçó & Borrásé, 7^a. Avenida, Este, 42, San José.

siva. Su único fin es el de estereotipar en él conocimientos: poco importa que no se comprendan, a cambio de que aseguren el lucimiento de un certamen. Enseñanza exclusivamente memorista, es una enseñanza de espuma, brillante, deslumbradora a veces, efímera siempre. Con ella queda muerta toda iniciativa, atrofiada la inteligencia, cerrado al espíritu el camino de la investigación. Esto cuando no lo ha envenenado con odio por el estudio o con aquella superficialidad de criterio que es de tan difícil curación. Es un método que, lejos de proporcionar la alegría, entristece, deprime, agota al niño; hace de él un espíritu servil.

Con este último sistema se llega a la escuela superior fatigado, enturbiada la comprensión, dócil a aceptar como verdad irrefutable la palabra del maestro o el dictamen del texto. Con el otro se llega con la inteligencia abierta, el espíritu exigente, preparado para estudiar con seriedad, para escudriñar y comparar los libros. Aquí se acaban los siervos y aparecen los investigadores.

Decíamos que urge hacer esta reforma de la escuela primaria. Intentémosla, que con ella habremos recorrido la mitad del camino que conduce a la reforma de los colegios superiores. Habremos formado espí-

I ¡Va fuera todo estereotipar conocimientos en el cerebro! Aun cuando no se les comprendiera hoy, mañana podrían ser comprendidos. Y aun cuando no llegaran a ser comprendidos nunca, por ello no perderían su valor. Si usted puede hacer una multiplicación, si usted sabe medir una superficie, si sabe neutralizar un ácido o encender bien un fuego de carbones, por ejemplo, usted puede o sabe algo positivamente, haya o no verdadera comprensión. La enseñanza exclusivamente memorista es tan mala como la enseñanza EXCLUSIVAMENTE... cualquier cosa.

El mal grave está en almacenar como conocimiento lo que no es tal conocimiento.—E. J. R.

ritus verdaderamente preparados para todo nuevo aprendizaje, y estos mismos espíritus llevarán a los demás planteles de enseñanza el hábito de un método más razonable que el existente: ellos se encargarán de hacer sentir con más fuerza la urgencia de aquella reforma superior.

AGUSTÍN NIETO CABALLERO

LA GUERRA Y EL INDIVIDUO

La más socorrida de las expectativas suscitadas por la guerra en los espíritus amantes de las nobles figuras humanas, fué la de que apareciesen en el horizonte, súbitamente teñido con el cárdeno resplandor de las explosiones, aquellos grandes hombres en quienes había de enfocarse la historia de los tiempos presentes. La diplomacia, según el decir de gentes escépticas y malhumoradas, había cumplido su destino y señalado el fin de la paz europea con un ruidoso fracaso. Se hizo corriente la especie de que el abismo a donde se precipitaba la Europa se había abierto por carecer el mundo de un gran estadista. La diplomacia y los gabinetes reconocían su impotencia poniendo la suerte de las naciones y el porvenir de la civilización en manos de sus estados mayores y en sus almirantazgos. La razón había encallado. La persuasión se declaraba exhausta de recursos y la fuerza iba a reemplazar el derecho como para poner en práctica las teorías filosóficas de una escuela a quien le corresponde toda la responsabilidad en la provocación del conflicto.

No había un estadista en Europa antes de empezar

la guerra. La dirección de los pueblos les estaba encomendada a los hombres promediales, a quienes de derecho les corresponde esa delicada misión en las burocracias. La paz había producido lentamente una nivelación de las inteligencias en la esfera de los gobiernos. Al paso que en los negocios y en la industria el hombre superior apuntaba de cuando en cuando y ponía sus energías y su talento al servicio de grandes combinaciones, desastrosas a veces, pero útiles a la postre, por cuanto azotaban los nervios de la multitud y sacudían el marasmo predominante, en las altas regiones de la política, en régimen de mera burocracia en que habían venido a cristalizarse los principios democráticos, se miraba con no encubierta desconfianza a los grandes espíritus innovadores. Los cuales, por su parte, no se particularizaban por el deseo de participar en las labores del gobierno. La democracia no usa de ternura desmedida con los grandes hombres: ha acabado por mirarlos con desconfianza, y en ello da señales de poseer un desvelado instinto de conservación. El grande hombre es la excepción, y la democracia se funda en el predominio de las reglas generales: el grande hombre es minoría solitaria, muy a menudo rebelde, y la democracia es el régimen en que las mayorías gobiernan con razón o sin ella. El grande hombre había desaparecido, por lo tanto, de las democracias europeas, y las autocracias, a su turno, se esforzaban en poner la aureola de los héroes y de los conductores de la multitud sobre la cabeza de sus déspotas. No es, pues, difícil comprender que Europa hubiese vivido durante veinte años sin permitirse el lujo de pagar

un grande estadista. Es un lujo, en verdad. Para Nietzsche, un pueblo o una raza es la disipación que la naturaleza hace de sus propias fuerzas para producir cinco grandes hombres o seis. Los mortales del tipo ordinario, el hombre promedial, no son otra cosa que el aserrín procedente de esa fábrica enorme e ingeniosa donde se elaboran los entes de excepción, cuyas figuras están encargadas de simbolizar la humanidad en su curso atropellado al través de los siglos.

La guerra, que en la destrucción de elemento humano avanza con tan asombrosa rapidez, parece que debiera precipitar el advenimiento de los grandes hombres. El espectador bienaventurado que pudiera contemplar desde lo alto y desapasionadamente la enorme cantidad de residuos que se escapa hora por hora de esos talleres de la muerte, en donde, según Nietzsche, se elabora el genio, presumiría sin duda que en tiempos tales como éstos había de aparecer repentinamente el hombre superior. El temerario aforismo del filósofo inmisericorde coincide en este punto con la creencia y la expectativa populares. Desde que empezó la guerra el pueblo espera en Europa, con los ojos puestos en un horizonte de fulgores siniestros, que asome la estela luminosa del conductor de multitudes. Su ansiedad es tan viva que, más de una vez, el deseo ha estado a punto de engendrar el milagro. Pasada la batalla del Marne, la superstición popular no pudo explicarse la salvación de París, como no fuera haciendo intervenir al genio. Alrededor de un soldado conocedor de su oficio, leal hasta olvidarse de sí mismo, concienzudo y razonador como un

geómetra, trazó la imaginación pupular la aureola del gran capitán. La leyenda piadosa que se formaba alrededor de Joffre quería ver en la noble figura del veterano taciturno no solamente al organizador de la victoria, al renovador de la estrategia, sino también al posible conductor de los hombres en una venturosa era de paz y de concordia.

De los pantanos de Masuria, de la ocupación de Polonia, surgió en Hindenburg el héroe legendario que había menester la credulidad alemana. Los psicólogos de Berlín comprendieron sin duda la importancia de crear el hombre superior y procedieron con presteza a realzar, en la imaginación del pueblo, el efecto de victorias pasajeras con proceder que tienen a un mismo tiempo de lo elemental y lo grotesco. La estatua de madera tallada en formas colosales que representaba al vencedor, en los tremedales de la Prusia Oriental, fué erigida con el objeto de hacer cristalizar en la mente del pueblo la noción del hombre superior. Con respeto supersticioso se acercaban los fieles del nuevo culto a insertar un clavo «moyennant finance» en la pomposa imagen. A medida que se eriza de clavos el simulacro, desaparecen los contornos del individuo que se había de consagrar en efígie al culto de las multitudes, y a medida que los rasgos de la figura se van borrando en la estatua, va desapareciendo también el prestigio del viejo mariscal, que prevalece en la mente de sus compatriotas más bien como hombre de buen humor que como militar avezado.

El pueblo italiano ha sido más cauto. Los continuadores de la historia de Roma son hombres prácticos; cultivan en la mente popular el recuerdo de

los muertos, deifican a Cavour y a Garibaldi, pero se guardan de exaltar inmoderadamente a los vivos, con la natural circunspección de hombres de mundo. Por otra parte, el general italiano tiene de las realidades inmediatas un sentido muy fino para consentir en que el gobierno le ponga en efígie y le destine a ser enclavado sin misericordia por los admiradores dispuestos a gastar una lira. Cadorna ha debido sonreír interiormente con un dejo de amargura al pensar en las torturas mentales por que ha debido pasar su colega Hindenburg antes de someterse a la grotesca inventiva de los psicólogos berlineses.

«El hombre que ha de venir» demora penosamente su llegada. Una teoría muy favorecida por los filósofos de farmacia, sostenía antes de ahora, para consolarnos de la carencia de tipos excelsos en las diversas razas, que las circunstancias no exigían la presencia del hombre supremo. Al variar las condiciones de vida, o sea con el advenimiento de los tiempos heroicos, cada pueblo produciría espontáneamente las unidades de selección ansiada por las turbas; se nos decía que Napoleón y Garibaldi eran productos naturales de la raza y del momento, traídos a la vida y al escenario en que llenaron su papel inverosímil, por una serie de fenómenos sociales que era fácil reconstruir con los documentos a la vista. Había un dejo de las teorías de Taine en esta filosofía infantil, según la cual el tiempo y las circunstancias producían un César o un Carlos XII, así como las eras bien avanzadas producen rosas de magnitud y colores extraordinarios. Sin embargo, las teorías de Taine, en cuanto sean aplicables a determinado género de fenómenos, pueden explicar la psico-

logía del hombre promedial o del rebaño humano, pero en ningún caso nos ponen en capacidad de trazar anticipadamente la trayectoria del genio, que es ente de excepción y que en vez de acomodarse gregariamente a la presión de las influencias exteriores predominantes, reacciona contra ellas, las somete a su impulso y les señala nuevos rumbos, generalmente en dirección opuesta a la que hubieran seguido hasta ese instante.

El mesías heroico en quien tenemos puestos los ojos desde Agosto de 1914, no aparecerá probablemente. El ambiente contemporáneo en vez de ser propicio a su advenimiento, le opone tenaces resistencias. Los hombres de acción o de estudio, los soldados de fortuna que han tenido triunfos pasajeros durante la guerra, van cayendo uno por uno bajo los golpes inexorables del criterio político o del capricho popular. Las circunstancias en vez de ser favorables a la aparición del hombre necesario, oprimen con funesta pesadumbre a las personalidades que van surgiendo, y parece que se complacieran sañudamente en destruirlas. La muerte de Kitchener salvó acaso a este militar afortunado de contemplar con sus ojos el eclipse de su planeta. Desapareció de la escena en época angustiosa, causó vivísima impresión la noticia de su muerte; pero la ausencia de su consejo en las deliberaciones, apenas ha sido perceptible. Joffre ha pasado del mando directo del ejército a contribuir con su voto en el consejo directivo de las campañas y nadie ha pensado en hacer coincidir este cambio de posiciones con una nueva orientación en el curso de los acontecimientos. Hindenburg, supeditado por Falkenhayn,

EOS

Tomo V - Números 49 a 60

Octubre de 1917 a Enero de 1918

ÍNDICE DE AUTORES

	Págs.	
<i>Acosta, Cecilio</i>	Proteccionismo	289
<i>Andión F., Inocencio</i> ..	Tiempos pasados y presentes.	215
<i>A. S.</i>	Lenguas. Incendios	349
<i>Astúa Aguilar, José</i> ...	Contrato Quirós-Keith	4
<i>Bacon, Roger</i>	305
<i>Barra, Fco. L. de la</i> ..	Derecho internacional	68
<i>Beltrand y Molina</i>	Orientaciones económicas	257
<i>Bernhardi</i>	47
Boletín de la Cámara	Reims	165
de Comercio de París		
<i>Bolívar</i>	Gobierno estable	128
<i>Bueno, Manuel</i>	Los jesuitas y la guerra	54
<i>Cervesato, Arnaldo</i>	253
<i>Colins</i>	255-302-312
<i>Cuesta, C. de la</i>	Pluralidad bancaria	328
<i>Delafosse</i>	El orden	96
Diario de El Salvador.	Unión centroamericana,	50
Diccionario Enciclopé-		
dico, de <i>Montaner y</i>		
<i>Simón</i>	Ignacio Ramírez	200
Diccionario Salvat	» »	203

<i>Diversos pensadores</i>	Mayor crimen de esta guerra.	129
<i>Duarte, Gustavo</i>	¡Bienvenida seas!	255
<i>Dumas, Alejandro</i>		128
<i>Dupont White</i>		177
El Tiempo y El Espectador.....	M. F. Suárez.....	46
<i>Eosina</i>	Vida adentro 48-189-219-247-316-340	
<i>Eremita</i>	España en América.....	92-150
»	Un estadista de veras.....	97
»	Lo que dice Mr. Eder.....	185
»	Doctrina comprobada.....	303
»	Datos.....	318
España.....	Germanofilia española.....	184
<i>Fernández Ferraz, V.</i> ..	A propósito de I. Ramírez..	1-90
»	Eironía.....	175
»	La hiena rabiosa.....	221
»	La verdad sospechosa.....	284
<i>France, Anatole</i>	Cuentos de hadas.....	249
<i>Gagini, Carlos</i>	Advertencia.....	62
<i>Gil, Pio</i>	Duda y vacilación.....	283
<i>Gil, Ricardo</i>	Moral de rosa.....	224
<i>Gómez, J. E.</i>	Los hombres útiles.....	321
<i>Gymnastique Scolaire</i> ..	Disciplina.....	374
<i>Holguín, Carlos</i>	Los clásicos.....	127
<i>Jaccoliot, Luis</i>	Hambre y amor.....	312
<i>Jaramillo Medina, F.</i> ..		126
<i>Jiménez Rojas, Elías</i> ..	La «raza».....	3-96
»	A. A.....	31
»	Explosión 23. 10. 1917.....	157
»	Escalera de Franklin.....	242
»	Profecías, hipótesis, etc.....	251
»	La Banda.....	288
»	Buen intuicionismo.....	372
»	Otros renglones 57-62-166-249-284	
	327-339-351-360-362-384	
<i>Keller, A. G.</i>	El latín.....	225
<i>La Bruyère</i>	Pensamientos.....	378
<i>Lafosse, V.</i>	Impuesto sobre la renta.....	287
<i>Larnaude, M. F.</i>	El señor de la Barra.....	65
La Tribuna.....	M. F. Suárez.....	45

La Revista de Educ....	Canto y disciplina.....	375
»	»	376
<i>Le Dantec</i>	Cálculo.....	243
<i>L' Illustration</i>	Recepción de A. Capus.....	342
<i>Loera y Chávez, A.</i>	Ignacio Ramírez.....	203
<i>Meléndez, Carlos</i>	Carta al doctor Bolaños.....	98
<i>Mercier, Monseñor</i>	Filósofos.....	64
<i>Mirabeau</i>	El crédito de los billetes.....	311
<i>M. E.</i>	Reflexiones 33-144-167-210-244	306
<i>Muntyck, Rev. de</i>	Conciencia activa.....	254
<i>Nieto Caballero, Ag...</i>	Educación del espíritu.....	353
<i>Nieto Caballero, L. E.</i>	Lo que queremos los liberales	178
<i>N. F. F.</i>	Política colombiana.....	309
<i>Niñez, Rafael</i>	Expansión y concentración...	125
<i>Ospina Rodríguez, M.</i>	Armonía.....	126
<i>Parral Cristóbal, Luis</i>	Amenidades sobre educación	57
<i>Pettil, Alberto</i>	Lo que necesita el niño.....	375
<i>Pitágoras</i>		44
<i>Potter, Agathon de</i>	Exactitud al definir.....	338
<i>Prada, J. A.</i>	Carta a M. G. G.....	93
<i>Quijano Gómez, R.</i>	Las tres candidaturas.....	380
<i>Reading, Lord</i>		38
<i>Renan</i>		305-320
Revista de Revistas...	Moral y Política.....	161
<i>Ribot</i>		199
<i>Rodó</i>	Expatriarse.....	125
<i>Sáenz Cordero, Manuel</i>	Seg. Conquista de C. A.....	151
<i>Salas, Julio C.</i>	La instrucción en Venezuela..	39
<i>Salvatierra, Fernando</i> ..	La Semilla.....	336
<i>Sanin Cano, B.</i>	La guerra y el individuo.....	363
<i>Santos y Fernández, V.</i>	Amenidades higiénicas.....	345
<i>Say, J. B.</i>	Las leyes.....	348
<i>Unamuno, Miguel de</i> ..	El frío de Madrid.....	193
<i>Verri</i>	La moneda.....	311
<i>Vesnitch, M. R.</i>	La idea yougoeslava.....	253
<i>Wicker, Cyrus F.</i>	Nicaragua y E. U.....	22
X.....	Tareas para la casa.....	273
<i>Zeledón, José Ma</i>	Carta.....	93
»	Primeros pasos.....	149



o Falkenhayn en sumisa posición ante las órdenes del mariscal, no alteran el horizonte político de Alemania, ni modifican el aspecto de la situación militar, así como no se altera el resultado de ciertas ecuaciones, aunque se modifique el signo de sus términos.

La verdad es que la democracia no consiente, aunque parezca anhelarlo, el advenimiento de las grandes figuras históricas, y, lo que es todavía más grave, la democracia les opone vivas resistencias a estos organizadores del tumulto, cuando acaso llegan a surgir. La educación difundida en todas las capas sociales y el principio democrático de que cada unidad social tiene derecho a colaborar en la política y en la dirección del grupo a que pertenece, han complicado hasta lo imposible la función de gobernar en tiempo de guerra. Antes podía un supremo director reservarse el derecho de preparar sus campañas a la sombra y esconder sus planes no sólo de la vigilancia del enemigo, sino también de la curiosidad de sus compatriotas. El pueblo omnipotente y versado a medias en los negocios, mediante la difusión del libro y del periódico, exige de sus representantes en el parlamento que descorran el velo de las sombras en que actúan los estados mayores. Y es inútil resistirse a la demanda, porque el pueblo tiene la amenaza sacramental del voto, y en su defecto, les intima a los gobernantes el propósito de hacerse justicia por su mano. Ante la decidida actitud de la democracia durante la guerra, se renueva diariamente el personal de los estados mayores, cambia el rumbo de los ejércitos, se desacreditan ciertas armas, cambian de tono los canci-

lles del imperio alemán en sus coloquios con el representante del pueblo, vacilan los gobiernos y caen en el abismo de su incompetencia monarcas y dinastías enteras.

Por otra parte, las proporciones del esfuerzo que está haciendo Europa en busca de una paz duradera no caben ya en el cerebro de un solo individuo, aunque estuviera dotado con las potencias del genio. Un Napoleón o un Grant eran posibles cuando el número de hombres llegaba apenas al millón, y cuando la guerra estaba limitada a la tierra y a la superficie de las ondas. No cabe ya en una mente sola la dirección de operaciones militares que se han extendido a las alturas irrespirables de la atmósfera y a las profundidades del mar y de la tierra. No puede un solo hombre disponer desde su tienda los movimientos de ejércitos cuyas plazas se cuentan por decenas de millones y cuyas piezas de artillería requieren la construcción de vías especiales para cambiar de sitio. El número, la impedimenta, la extensión de las líneas de combate son más poderosas que el individuo, y el hombre al ensanchar su campo de acción por medio de la electricidad y el vapor para comunicarse rápidamente y a enormes distancias con los diferentes cuerpos de ejército, no ha podido aumentar en escala proporcional sus aptitudes cerebrales. Por una parte los grandes ejércitos lo oprimen y por otra el teléfono, el telégrafo sin alambres, los barcos de petróleo, desarrollan una velocidad de comunicaciones que supera nuestra capacidad de enterarnos y de sacar conclusiones definitivas y rápidas. La inteligencia más sólida y mejor

amueblada sentiría vértigo ante la necesidad de conservar en la memoria los infinitos detalles del problema. La dirección suprema es un mito. Hay que dividir y subdividir hasta lo infinito los departamentos de gobierno y no hay organización humana capaz de darse cuenta del conjunto. Todo empeño es un esfuerzo aislado; cada éxito está limitado por las circunstancias y, para evitar desastres o paliar las flaquezas de la dirección incoherente, ha sido necesario recurrir a las trincheras como recurso definitivo, en el norte, en el sur, al oriente y al occidente. La movilidad de un sector supone una aparente quietud en los otros.

Hay todavía consideraciones de orden más elevado que señalan como imposible la venida de esa inteligencia predominante que hemos estado esperando. Los grandes capitanes de los tiempos pasados se distinguieron principalmente por la capacidad de ponerse en contacto directo con las cosas reales. Sea evolución natural del intelecto humano, sea resultado de la inversión romántica o de los procedimientos educativos que se están ensayando por donde quiera hace cosa de tres generaciones, el hombre moderno pierde cada día su contacto con las realidades.

La enormidad de los organismos políticos tiende a eliminar la eficacia del factor personal. Los ensayos de imperialismo hechos en el siglo XIX y el siglo XX manifiestan a las claras que las fuerzas de concentración de la especie humana se han agotado y que la acción centrífuga ha empezado a actuar con vigor renovado. El porvenir seguramente no pertenece al imperialismo sino a las federaciones voluntarias y, dentro

de ellas, a los pequeños gremios industriales de órbita y actividad restringidas, dueños de sus propios destinos y ligados a la política de los estados por tenues lazos de administración y de conveniencia.

B. SANIN CANO

Hemos borrado algunos renglones de este artículo, para indicar aquí, aparte, lo que en ellos dice el Autor en abierta oposición con nuestro modo de ver.

Apoyándose en Jorge Santayana, pensador americano, sostiene Sanin Cano que la extensión de la enseñanza y la función social de las universidades «parece que tendieran de consuno a eliminar en nosotros la capacidad de percibir lo inmediato»; que «un hombre que descubre lo inmediato parece profundo, y, sin embargo, su profundidad no es otra cosa que inocencia recuperada o una especie de renunciación intelectual». Ahí está el *intuicionismo* anterior a Bergson. Bergson «el filósofo de la intuición» se ha encargado de dilucidar el punto y ha establecido las condiciones de la percepción genial de lo inmediato. Una de estas condiciones es precisamente la ciencia.

Puede uno pasar toda su vida en un laboratorio químico sin llegar a tener una percepción genial de la realidad química; pero de esta percepción no puede ser sujeto nadie que no sea químico. No hay, pues, renunciación intelectual sino en apariencia. «El método filosófico, dice Bergson, comprende dos momentos e implica dos acciones sucesivas del espíritu. El segundo momento, *el acto final*, es el que yo llamo *intuición*, UN ESFUERZO MUY DIFÍCIL y muy penoso,

por medio del cual se rompe con las ideas preconcebidas y con los hábitos intelectuales hechos, para colocarse simpáticamente en el interior de la realidad. Mas antes de que sobrevenga esta intuición, ES NECESARIO UN ESTUDIO CIENTÍFICO de los contornos del problema.» (V. *Eos*, t. III, pág. 175). El buen intuicionismo no es enemigo de la ciencia, aunque rebaje el papel de ésta.

E. J. R.

DE EDUCACIÓN

La educación escolar del niño requiere de continuo el más intenso cuidado. El lugar donde este cuidado debe ejercerse es la escuela; el tiempo, las horas de clase; hay además que llenar deberes en casa. Esto último es sin duda necesario, pero se les recarga con exceso.

Para un niño, las 5 ó 6 horas de clase diarias son ya una gran tarea. Aun suponiendo que un maestro muy hábil consiga instruir a los niños jugando, siempre quedará una real tarea para el tierno y débil organismo de las criaturas, todavía en vía de desarrollo, y esta tarea es desproporcionada para la inteligencia media. ¡Y todavía se agregan los deberes en casa!

Conozco a un niño inteligente y aplicado, en una clase inferior. Hace sus deberes en casa con gana y celo, empleando en ellos, término medio, hora a hora y media por día. El tiempo necesario tiene que tomárselo desde las 4 en adelante, a causa del horario; por lo tanto, trabaja hasta las 5 ó 5½; y aquí cabe pre-

guntar ¿es esto conciliable con los preceptos de higiene? No, por cierto. La cena, según el famoso doctor Sonderegger, debe tener lugar 2 horas antes de acostarse el niño, y es preciso que los niños se acuesten temprano. ¿En qué queda entonces la recreación, tan necesaria? No se puede obligar a un niño a que corra y juegue durante las horas del sol, mucho menos en verano.

Luego es preciso que el niño tenga libre siquiera las horas hasta el momento de la cena y que no se le moleste todos los días con deberes, hasta en las clases inferiores.

UN BUEN MAESTRO—como es notorio—**NO DICTA SINO POCAS VECES DEBERES PARA LA CASA**, porque sabe hacerse comprender a viva voz.

Tampoco es lícito fastidiar a los niños con deberes en días feriados; los domingos y días de fiesta debe el niño pasarlos en completa libertad. La nerviosidad de las actuales generaciones tiene en gran parte su origen en la misma escuela y sus deficientes métodos.

X.

* * *

De *Gymnastique Scolaire* tomamos las notas siguientes:

INMOVILIDAD.—«Teneos derechos! ¡No os mováis! ¡No pongáis la mano en la boca! ¡No revolváis vuestro cajón! ¡Tened, pues, las piernas quietas!»

Usted cree, talvez, lector amigo, que nuestro maestro enseña el modo imperativo de una manera aun más imperativa! No, no es eso. Persigue, parece, la disciplina de su clase, antes de empezar la lección.

¡No creáis que sus órdenes son completas! Los

ojos se mueven, los labios murmuran, los pechos se levantan, los pequeños corazones laten (pero no de gozo). ¡Que no detenga también estos movimientos! Disciplinar, es, pues, volver inerte. ¡Qué enormidad! ¡Qué martirio para nuestros niños! Disciplinar, señor, es por el contrario, encauzar todas las actividades infantiles hacia el fin educativo que perseguimos. El arte de disciplinar una clase, es el de hacerla movida, activa, diligente.

* * *

En el *Journal des Debats*, Alberto Petit protesta contra las ideas demasiado ambiciosas de la enseñanza histórica en las escuelas primarias. Ciertos maestros, olvidando que tienen que enseñar a niños, se entregan a generalizaciones muy fuera de lugar. Con el pretexto de inculcarles desde la primera edad ideas generales, los hacen incapaces de tener jamás ninguna, puesto que una idea general debe descansar sobre hechos, bajo la pena de no ser sino una idea hueca. El niño necesita realidades, detalles concretos; es lo que él ama, lo que él retiene. Elegir entre esas realidades, hacer una selección entre esos detalles, ese es el rol del maestro.

* * *

El canto es el mejor auxiliar de nuestra disciplina. Cuando veáis que vuestro auditorio se agita y os va a abandonar, haced entonar un canto agradable, acompañadlo si es posible de algunas evoluciones, de algunos movimientos gimnásticos, y veréis que al empezar la segunda copla, el orden renacerá de por sí, se establecerá una nueva corriente de ideas que se traducirá en charlas, vivacidad y turbulencia del auditorio.

Si el trozo tiene algo de bello y es medianamente ejecutado, vuestros alumnos tendrán el placer de una sensación de arte, y se sentirán felices y ufanos. Después de esto, y cuando les hagáis comenzar de nuevo el trabajo, quedaréis sorprendidos de la facilidad y buena voluntad con que se aplicarán a él.

* * *

A las *Notas de inspección* de un inspector primario, pertenecen las siguientes líneas:

Algunas observaciones sobre la enseñanza del cálculo.

En la segunda clase de una escuela de niñas, encuentro, como únicos deberes de cálculos hechos en el cuaderno, una serie de veinte números consecutivos para cada día: «141, 142, 143, etc...» Se continúa al día siguiente donde se dejó la víspera, y la serie sigue así aumentándose de día en día. Y acaso se volverá a empezar cuando se haya llegado bastante lejos. La maestra justifica este trabajo fastidioso y de utilidad enteramente problemática (sin juego de vocablos) diciendo «que es muy necesario que los niños aprendan los números».

Sí, es cierto, que los niños deben conocer los números; hasta es necesario que tengan de ellos una idea lo más exacta posible.

¿Pero es tal el verdadero medio de darles sobre ellos una idea exacta? Lo dudo mucho. ¿Pensáis que la reflexión tenga gran parte en ese trabajo, que me parece enteramente maquinal? Sin preocuparse mucho de lo que hacen es como los niños escriben esa serie de números. A lo sumo hacen un peque-

ño esfuerzo de atención cuando tienen que cambiar las cifras de las decenas. ¿Les será necesario, pues, escribir así todos los números para llegar a conocerlos? La experiencia prueba, por el contrario, todos los días, que el niño que sabe escribir un número de una manera razonada, puede escribir un número cualquiera sin ninguna dificultad especial. Es, además, con ayuda del pizarrón y delante de éste como debe hacerse a los niños vencer sus dificultades.

Por otra parte, el cálculo no se encuentra todo entero en las cifras, y es un gran error creer que un niño conoce los números porque sabe escribir una serie indefinida. La prueba está en que ese niño vacila para mostrar tres dedos, cuatro dedos, cinco dedos...; que no sabe cuántas quedan de cinco manzanas después de haber comido una o dos, etc., etc.

—Exceso contrario: nada de cifras, cálculo exclusivamente oral. Pequeñas preguntas muy sencillas, pero a las que los niños no responden más que por medios sensibles. «Abran cinco dedos; cierren dos. ¿Cuántos quedan?» Y el niño cuenta escrupulosamente, con el dedo de su otra mano: «¡Uno, dos, tres!» Para hacer una pequeña adición, traza palitos en la pizarra o en el pizarrón: primero tres, después cuatro, y cuenta en seguida uno por uno hasta siete. ¡Es curioso ver como caemos fácilmente de un exceso a otro! Es el sistema de los guijarros de los antiguos, sistema seguro tal vez, pero seguramente de poca comodidad práctica y cuyo empleo podía a veces presentar alguna dificultad.

De La Bruyère

(Selección de Eremita)

Debemos esforzarnos por pensar y hablar justamente, sin aspirar a imponer a los demás nuestros gustos y sentimientos: esto sería empresa excesiva.

* * *

Las medianías son insoportables en ciertos órdenes: en la poesía, en la música, en la pintura, en la oratoria. ¡Qué tormento oír declamar enfáticamente un discurso hueco o recitar versos malos con todo el sonsonete de un poeta ramplón!

* * *

Algunos poetas riman en los asuntos dramáticos (y en los líricos) largas tiradas de versos altisonantes, que parecen enérgicos, elevados y llenos de sublimes pensamientos. El vulgo los oye con religiosa emoción, con los ojos en blanco y la boca abierta: cree que le gustan, y según los comprende menos, los admira más. Ni siquiera se atreve a respirar....

* * *

De igual suerte que en la Naturaleza hay un límite de bondad y de madurez, así en el arte hay un punto

378

de perfección: quien lo siente y estima tiene el gusto perfecto; quien no lo siente o estima demasiado o no lo estima suficientemente, tiene el gusto morboso. Hay, pues, gusto bueno y gusto malo, y *entre gustos sí hay disputas.*

* * *

Todo el ingenio de un autor se reduce a definir bien y a pintar con exactitud.... Es menester expresar lo verdadero para escribir natural, vigorosa, exquisitamente.

* * *

No admitir consejo ni corrección sobre la propia obra, es pedantismo.

* * *

Un espíritu mediano cree escribir divinamente; un espíritu culto cree escribir razonablemente.

* * *

Los necios leen un libro y no entienden nada; las medianías creen entenderlo perfectamente; los hombres ilustrados no lo entienden todo entero: hallan oscuro lo que está oscuro y claro lo que está claro; los espíritus frívolos se esfuerzan en hallar difícil lo que no lo es y en no entender lo que es harto inteligible.

* * *

Para escribir con claridad, todo autor debe colocarse en el lugar de sus lectores, examinar su propia obra como algo que le es nuevo, que lee por primera vez y que el autor hubiera sometido a su criterio, y convencerse después de que se le entiende, no por que él se entienda, sino porque su libro es inteligible.

379

No debe ridiculizarse lo que no es ridículo. Esto equivaldría a pervertir el gusto y extraviar el propio juicio y el ajeno. Sin embargo, es conveniente descubrir el ridículo donde se halle, sacarlo a luz ingeniosamente, con gracia que recree e instruya.

Asuntos de Colombia

Las tres candidaturas*

A través de la vehemencia de la lucha electoral que agita los ánimos de los colombianos, nuestro optimismo, quizás demasiado candoroso, en todo caso patriótico, cree ver un espectáculo tan hermoso como expresivo del adelanto cívico de nuestra nacionalidad.

En la escogencia de candidatos para ocupar la primera magistratura parece que, como si procediera un acuerdo tácito, las diversas colectividades hubiesen querido presentar a los electores tres nombres, a cual más ilustre y a cual más digno de ceñir con honra la banda presidencial, tomándoles de los florecidos y exuberantes campos de la inteligencia y la virtud, que son presea de nuestra patria y dulce compensación de

* Todos nuestros lectores conocen los nombres de dos de los candidatos a la presidencia de la República de Colombia: el eximio escritor y estadista don Marco Fidel Suárez y el celebrado poeta don Guillermo Valencia. Pocos, quizás, conozcan el nombre del tercer candidato: don José María Lombana Barreneche.—Es doctor en medicina, hijo del doctor Cayetano Lombana, médico de cuya filantropía guardan buen recuerdo las poblaciones colombianas de la Costa Atlántica y del río Magdalena. Ha sido Presidente de la Academia Nacional de Medicina, Profesor en los claustros de Santa Inés, y Redactor de la *Revista Médica de Bogotá*.
EOS

todas sus desventuras. A no estar por medio graves y trascendentales cuestiones políticas y religiosas, tal vez se pudiera decir que en el próximo diez de febrero cada sufragante de buena voluntad ha de sentir la pena de votar por un solo nombre con exclusión de los otros dos, siendo éste, a la verdad, un lujo que muy pocos pueblos de la tierra pudieran darse.

Sabio estadista, filósofo profundo, eminente servidor de la Nación, el uno; poeta excelso, orfebre de la prosa, cuya lira y cuyos discursos despiertan en las almas las más profundas y gratas emociones, el otro; ilustradísimo médico, hábil parlamentario, en quien solamente son superiores a su ciencia su nobleza de alma y su buen corazón, el tercero; todos tres representativos de una alta y refinada civilización, es ciertamente motivo de orgullo nacional y alentadoras esperanzas que los partidos se hayan congregado al rededor de inteligencias que refulgen y de corazones que sienten el amor desinteresado de la patria.

Pero las candidaturas, como nobleza, obligan; y puesto que hemos ido a sacar a esos ilustres ciudadanos de la tranquilidad de su vida para someterlos al juicio contradictorio y pocas veces benévolo de los partidos políticos, lo natural es que el debate se levante a la misma altura de los merecimientos de los candidatos, y que no acerquemos la copa en donde rebosan los odios a los labios que no se han abierto para pedir un puesto que, por lo mismo que merecido, no ha sido por ellos solicitado.

Que se discutan, se analicen las ideas, las tendencias políticas de los bandos contendores, está bien; pero de eso a denigrar los nombres de las personas

que son símbolos de la controversia, hay un abismo, ante cuyos bordes la pasión debe detenerse respetuosa. Esos nombres son glorias, son honor de la patria; e insultarlos es insultar a la patria misma en la persona de sus hijos eminentes, y dar por sentado que hay colectividades que piensan que la Nación puede ser regida por manos indignas, suposición que nosotros no nos atrevemos a hacer.

Todo sería, pues, plácemes para el civismo en la lucha electoral en que estamos comprometidos, si pudiésemos decir que ninguno de los candidatos ha sido objeto de ofensas y agravios de parte de sus adversarios; y ello con tanto mayor motivo cuanto en los precedentes de su inmaculada vida podrá una crítica severísima encontrar, si se quiere, razones para la censura de alguno o algunos de sus actos como políticos o administradores, pero nunca, en ningún caso, algo que desdiga de su honorabilidad personal ni de sus aptitudes y competencia para ocupar la cumbre a que cada colectividad ha querido llamarles.

No ha sido así, por desgracia. Contra el señor Suárez, especialmente, la difamación ha agotado su vocabulario y el escarnio sus procedimientos. Siendo imposible imputarle faltas, siquiera leves, se prejuzgan desfavorablemente sus intenciones de gobernante, y sobre tan falsa base se levantan argumentaciones contra su nombre; como si sesenta años de una vida pura, de servicios invaluable al país, de resistencia triunfante, cual la de ningún otro colombiano, a las más seductoras tentaciones, no fuesen más que suficiente garantía de la rectitud de sus procedimientos, precisamente en las horas solemnes de la existencia

en que los hombres se preparan a dejar inscrito, en forma definitiva, su nombre ante la posteridad. Al respetabilísimo doctor Lombana Barreneche parece estarle tocando el turno, sin que sea parte a librarle de los dolores morales que producen las agresiones inmerecidas, la satisfacción íntima, que deberá poseerlo, de haber salvado o aliviado de los dolores físicos a muchos de sus semejantes.

No se compadecen, no ya con la civilización, sino con la simple caridad cristiana y aun con el buen sentido, esas manifestaciones, amargo y desolador contraste entre la razón y el patriotismo, que convidan a honrar y enaltecer la inteligencia y la virtud, y el odio que intenta deprimirlas y hacerlas desconocer. Contradicción manifiesta la de tributar un mismo culto a las delicadas bellezas de la forma poética y a las explosiones brutales de la pasión rencorosa, y mayor impropiedad, por no decir mayor extravagancia, la de mostrarles al país y a una colectividad que nunca ha temblado «ante los vanos ídolos del miedo,» el puño de una espada cuya hoja ha de blandirse sobre las espaldas de quienes no apoyen la candidatura del señor Valencia, a quien, seguramente, y atendidas la elevación de sus sentimientos y su gran cultura, más se le perjudica que se le sirve con tan extraña colaboración.

Sin tales desgraciados incidentes, la lucha electoral de los presentes días hubiera podido dejar escrita, dado el valor auténtico de los nombres que flamean en las banderas, una de las páginas más hermosas en la historia política de Colombia.

Siendo, como decíamos al principio, exponente de

alta civilización en un país el haber escogido, entre muchos merecedores de esta preeminencia, para proclamarlos candidatos a la primera magistratura, a hombres civiles formados en la meditación y el estudio y cuya buena reputación está por encima de cualquier puesto oficial, por elevado que se le suponga, la razón indica que debemos acercarnos a las urnas de manera acorde con el sentido civilizador de esas proclamaciones, o sea con la moderación que impone la cultura, con el respeto debido a nuestros candidatos y con la honradez que exige la adhesión leal a las instituciones republicanas. No desesperamos de que ello pueda suceder y de que en la lid cercana que, además de política, reviste los caracteres apacibles de una lid entre intelectuales, el pueblo colombiano desoirá las incitaciones al desorden, partan de donde partieren, para no escuchar sino la voz sagrada de la patria que clama por la conservación de la paz pública y el reinado austero de la justicia y el derecho.

R. QUIJANO GÓMEZ

Si un niño nos hace espontáneamente una pregunta, es natural que puede comprender la respuesta. Si respondemos y el niño no nos comprende, evidenciamos nuestra incapacidad. La evidenciamos también si salimos con una de estas expresiones: «Más adelante le explicaré éso»; «Más tarde lo podrá Ud. entender», etc.

E. J. R.

 Solicítese EOS y RENOVACIÓN en la librería de Trejos Hermanos, antiguo local de Lehmann.

384

LIBROS PROPIOS PARA NIÑOS

DE VENTA EN LA LIBRERÍA FALCÓ Y BORRASÉ

<i>Cuentos de una buena madre</i>	€ 3.00
<i>Leyendas de Flandes</i>	3.00
<i>La Gitanilla</i>	3.00
<i>La española inglesa</i>	3.00
<i>Viajes y aventuras</i>	3.00
<i>Cuentos de la Alhambra</i>	3.00
<i>Cuentos de la Isla Dorada</i>	3.00
<i>Zoología pintoresca</i>	3.00
<i>Martín el tonelero</i>	2.50
<i>Cuentos de Andersen</i>	2.50
<i>Cuentos cortos de los hermanos Grimm</i>	2.50
<i>Flores y arboledas</i>	2.50
<i>Fábulas de Iriarte y Samaniego</i>	1.90
<i>El Kreutzer</i>	1.90
<i>Fábulas de Iriarte</i>	2.00
<i>La vida es sueño</i>	2.00
<i>El Conde Lucanor</i>	2.00
<i>Hernán Cortés</i>	2.00
<i>El Califa cigüeña</i>	2.00
<i>El hurto sabroso</i>	1.00
<i>La voz de las campanas</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>¡Dios salve a la Reina!</i> , Allen Upwar.....	1.00
<i>Minnie</i> , A. Lichtenberger.....	1.00
<i>Casa por alquilar</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Nerto</i> , Federico Mistral.....	1.00
<i>El secreto del ahorcado</i> , Carlos Dickens.....	1.00
<i>Tom Sawyer, detective</i> , Mark Twain.....	1.00

Los huevos de Pascua : Cuentos de Carlos Perrault

El pájaro azul : Novelas caballerescas

Cuentos de la Condesa d'Aulnoy : La entrada del Paraíso

Sor Teresa : Un duelo en la Edad Media

El ángel bueno y el ángel malo : El ramo de oro

Cada tomo lujosamente empastado € 1.50.

La torre negra : El niño robado : El doctor Lan-

gevo : El cazador furtivo : El caballero de Lys

El tesoro : La rosa de los vientos : Un sueño

de cien años : El caballero del cisne : Un visi-

ante misterioso : El compadre de la muerte : La

virgen de los espinos : El triunfo del Ave María.

Cada tomo empastado € 0.50.